

ANZOATEGUI

El doctor Fabio Lozano y Lozano es un historiador de conciencia, porque sin dejar de pensar en el asunto que le cautiva, deja correr el tiempo, lo cual al par que madura sus juicios, le permite rastrear sin afanes los archivos públicos y privados para mejor fundamentar sus estudios. De este su *modus operandi* acaba de dar una elegante prueba con la aparición de su libro que bautizó con una sola palabra: *Anzoátegui*.

De acuerdo con sus procedimientos reposados de escritor, Lozano y Lozano discurre y refiere en la nota preliminar de su libro, todas las demoras y peripecias que esta obra suya y muy suya ha padecido, ya provengan de pérdidas o extravíos ocasionales, ora sean hijas de las varias ocasiones en que el autor ha tenido que suspender tareas para consagrarse a otras en el rol de la diplomacia o a la cabeza de varios departamentos del gobierno ejecutivo. Pero lo admirable es que no obstante tantas y tan prolongadas vicisitudes, jamás dejó de pensar en el héroe del 7 de agosto como si hubiera contraído un compromiso solemne, no con sus amigos, sino con la gloria del esclarecido militar cuya temprana muerte lo libró de pecados políticos, a veces más imperdonables que los que se cometen a diario en

el fondo de las conciencias, y a pesar de lo fugaz de su vida, Anzoátegui alcanzó a dejar honda huella en la historia de la guerra magna, y dio pruebas de sus talentos militares, de su valor y pericia y de su temperamento republicano de una subordinación completa.

Anzoátegui es uno de los militares que en la guerra de independencia recorrió todos los grados de la milicia; luchó en centenares de combates; vencedor casi siempre, pocas son las derrotas que se señalan en su hoja de servicios; militó a las órdenes de las primeras figuras de la guerra — Bolívar, Piar, Páez, Urdaneta—; tuvo por contendores a los principales jefes españoles Morillo, Calzada, La Torre, Morales; ascendió por escala rigurosa hasta llegar a ser en su carrera General de División y Comandante del Ejército del Norte cuando se preparaba a la campaña definitiva que libertó a Venezuela. Celoso el Dios Marte de un discípulo tan aventajado, lleno de las mejores cualidades del hombre de mando, lo arrebató tempranamente como queriendo alejar de él lo que más tarde pudiera empañar su gloria y para que los fastos de la guerra pudieran mostrar un ejemplar digno, como Sucre, de la admiración general y permanente.

Morir así es obtener el triunfo más duradero y perdurable, y ante la pureza de su gloria se opaca la única nota discordante en aquella vida cuando no fue capaz de excusarse ante el Libertador de formar parte de un consejo de guerra que juzgó y condenó al jefe bajo cuyas banderas había alcanzado Anzoátegui gran parte del brillo de su espada.

Por muy notables que consideremos los triunfos de Anzoátegui en las varias campañas que realizó en Venezuela, ninguno supera para nosotros el alcanzado el 7 de agosto de 1819 en el campo de Boyacá, porque esa batalla no solamente selló la independencia de la Nueva Granada, sino que constituye el fundamento de la admiración de Colombia a los que, sin ser granadinos, contribuyeron brillantemente a su liberación. Y por lo que a Anzoátegui respecta, es consolador ver que hay entre nuestros historiadores quien se preocupe por este egregio capitán, que siendo venezolano, no por eso deja de pertenecer con todo derecho a los vencedores más ilustres de América, con pleno título para que plumas colombianas ensalcen su memoria y lo presenten como uno de los jefes de más limpias ejecutorias militares y civiles. Y a pesar de que Bolívar cubre todo el panorama de la revolución nunca está fuera de lugar reconocer, admirar y ponderar la acción de jefes que como Sucre, Santander, Anzoátegui, Urdaneta y cien más, forman el cuadro de tenientes sin los cuales el Libertador no hubiera alcanzado la victoria final.

En Colombia solemos ser olvidadizos de la historia cuando se trata de próceres de distinta nacio-

nalidad, y nos hemos dedicado a estudiar solamente aquellas figuras que se han considerado siempre como sobresalientes. Esto puede ser justo, pero también lo es no olvidar la actuación de aquellos que sin ser propiamente granadinos, aquí pelearon, aquí rindieron las mejores jornadas y aquí adquirieron gloria y renombre. Anzoátegui es uno de estos, y por eso el libro de Lozano y Lozano es una justa reparación del héroe que rindió la vida en territorio colombiano alcanzando apenas a saborear el triunfo de Boyacá.

La biografía de Anzoátegui encaja muy bien con el moderno sistema de esta clase de trabajos, ya que al biografiado hay necesidad de presentarlo en su medio de acción, trasladarlo al panorama general de la época en que le correspondió actuar, en la grandeza o pequeñez de las circunstancias que enmarcan una vida, y hasta las anécdotas y curiosidades llegan a ser precioso condimento para explicar numerosos pasos en la existencia del hombre. Pudiera decirse que Lozano y Lozano ha escrito en estas páginas una historia de la revolución de independencia, ha presentado en conjunto aquellos problemas singulares que ocasionaron caídas y resurgimientos, y cómo la voluntad genial de un solo hombre fue capaz de sobreponerse en el tiempo y en el espacio a las más terribles circunstancias. Ahí reside el mérito de los grandes conductores, ahí se ve la mano de la Providencia, que por entre escollos permite que el hombre triunfe definitivamente para llenar el fin propuesto desde el principio de la lucha. Se comprende, al leer este libro, que su autor ha vivido largos años encariñado pa-

trióticamente con su héroe; lo ha presentado con las características de obediente, disciplinado, discreto, sin arreos ni pretensiones, listo siempre a llenar su deber al frente del enemigo y preocupado por la organización del ejército. Y para ofrecerlo así, el biógrafo ha tenido que pasearse a lo largo de la literatura histórica de la guerra magna, trazando cuadros llenos de grandeza y también de la más cruda realidad cuando al frente de las tropas se hallaban jefes de uno y otro bando que no escatimaban el derramamiento de sangre americana y española. Esa fue

la lucha, y hoy se explican mejor aquellos días terribles en que parecía que el mundo iba a desaparecer bajo el casco férreo de los contendores.

Bien venido este libro de Lozano y Lozano. Ya la gloria de Anzoátegui no se recordará solamente delante de las estatuas que la gratitud de Colombia y Venezuela le levanten. Esta biografía dará ocasión de que se le conozca mejor, y conociéndolo mejor, crecerá la admiración de Colombia a la memoria del ínclito jefe.

ROBERTO CORTAZAR